

### 131. Santos Juan Fischer y Tomás Moro

El rey Enrique VIII de Inglaterra se había empeñado en divorciarse de su legítima esposa, y, ante la negativa del Papa, que no le declara nulo el matrimonio, inicia su separación de la Iglesia Católica para casarse libremente con Ana Bolena, y después con otra y otra y otra... Los valientes que se le oponen paran en el patíbulo, y se inicia la persecución sangrienta contra la Iglesia.

Los primeros mártires son unos monjes cartujos y tres sacerdotes, ajusticiados en la Torre de Londres el año 1535. A Tomás Reynolds lo dejan para el último, y le obligan a presenciar los tormentos de los cinco anteriores, a los que sacan las entrañas y son descuartizados. En vez de acobardarse, anima a sus compañeros, y, cuando le toca el turno a él, ya al pie del cadalso, se dirige a la multitud: *-¡Rueguen por el rey, recen mucho por nuestro rey!...*

Lo decía sinceramente, porque moría perdonando y quería la conversión y la salvación del monarca adúltero, apóstata y asesino. Pero, añade con ironía y con mucho buen humor: *-Rueguen por nuestro rey, que, como el rey Salomón, gobernó al principio con sabiduría y piedad. Pero hay que rezar por él para que las mujeres, como le ocurrió al mismo Salomón, no sean al fin su ruina...*

Mientras el Beato Tomás Reynolds hablaba y moría así, en la misma prisión estaba el anciano Arzobispo **Juan Fischer**, un sabio y un santo de primera categoría, que no se rindió ante el rey lujurioso y renegado, y se negó a reconocerlo como la cabeza de la Iglesia separada de Inglaterra contra Roma. Llevaba meses encarcelado, pero el Papa le nombra Cardenal y le manda el capelo desde Roma a la prisión. Enterado el rey del gesto del Papa, se pone furioso, y exclama: *-¿El capelo cardenalicio para Fischer? Lo habrá de llevar sobre las espaldas, porque no tendrá cabeza donde se lo pueda poner.*

A las cinco de la mañana, le despierta el lugarteniente de la prisión, para decirle: *-Es voluntad del rey que usted muera ajusticiado en este día. Y el Arzobispo, sin inmutarse. -¿A qué hora va a ser la ejecución? -A las nueve de la mañana. -¿Y no podría retrasarse dos horas? Por mi mucha edad y mi salud tan débil, me gustaría dormir una hora más, para sentirme más reposado, más tranquilo, y dedicar después dos horas a la oración como preparación para la muerte.* Se le concede esa última gracia que pide, y la ejecución se aplaza para las once. Duerme de nuevo.

Al despertarse, el buen anciano se viste de gala, y dice al que le asiste: *-¿No te das cuenta de que es el día de mi boda?... Abre el Nuevo Testamento, y coincide con la palabra del Señor: “Esta es la vida eterna”... Sale de la prisión con el Nuevo Testamento en la mano sobre el pecho, canta arrodillado el Te Deum ante el cadalso, y se vuelve a la multitud curiosa con estas palabras, tan precisas como elocuentes: -¡Pueblo cristiano! Estoy frente a la muerte por la fe en la santa Iglesia de Cristo.*

Rueda su cabeza por el suelo, dejan su cuerpo desnudo alzado en un palo durante todo el día, y la cabeza, por orden del rey, la cuelgan para escarmiento sobre el Puente de Londres, hasta que la sustituyan al cabo de quince días por la cabeza de Tomás Moro, otro campeón de la fe..

**Tomás Moro** es el Canciller de Inglaterra. Esposo y padre de familia ejemplar. Jurista, político, catedrático, teólogo, escritor, hombre grande y de fama en toda Europa. Su vida

extraordinaria parece de leyenda. Hombre de gran oración, se levantaba cada noche a las dos y media y permanecía en la presencia de Dios hasta las siete, cuando asistía a la Misa y recibía la Comunión. Como Canciller de Inglaterra, es fiel del todo al rey, hasta que éste exige se le reconozca su divorcio, su nuevo matrimonio y la prerrogativa de cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Tomás Moro se niega en absoluto, y es encarcelado en la Torre de Londres.

En el juicio, se le acusa de orgulloso que quiere tener razón contra toda la iglesia nacional, y responde con frialdad, sin que nadie le pueda contradecir:

*-Los que firman el decreto del rey, habrán de salvarse según su conciencia. Yo, me salvaré siguiendo el dictamen de la conciencia mía. Ellos tienen a su favor un Concilio nacional hecho por ellos, y yo tengo los Concilios de la Iglesia durante mil años. Ellos tienen algún obispo de su parte, y yo tengo todos los de la Iglesia y más de cien santos a mi favor. Ellos tienen una sola nación, y yo tengo a Francia y a todos los países cristianos...*

Así, Tomás Moro, el hombre más importante después del rey, no se doblegaba a la voluntad perversa de su soberano.

Estando en la prisión, Tomás Moro recibe la visita de su hija, y, estando con ella, ve cómo sacan a Tomás Reynolds para la ejecución. La hija, torturada por el dolor: *-¿Ves, papá, lo que te espera a ti también? ¡Por mí, por mis hijos, cede, firma, que no significa nada mientras conserves tu fe!...*

Y lo mismo a la esposa, que le visita, y entablan los dos un diálogo que se ha hecho famoso: *-¡Por mí, por nuestros hijos, por nuestra felicidad!... ¡Cede!...*

Y Tomás: *-Tengo cincuenta y ocho años. ¿Cuántos años más me concedes de vida? ¿Veinte?... Viene un silencio profundo, y sigue: -¿Eres tú, mi esposa, la que, por veinte años a lo más de felicidad en la Tierra, me incitas a perderte a ti, a mis hijos, y a mí mismo por toda la eternidad?... Yo no apostato; yo no dejo la Iglesia Católica.*

Le llega el día de la muerte. El rey le conmuta la horca por el golpe de espada. La sentencia se ejecuta también sobre la colina de la Torre de Londres. Tomás Moro, un hombre humorista por demás, permanece hasta el último momento gastando bromas con los que le rodean. Había pedido oraciones por el rey, y de la manera más original. *-¿Ven lo que le pasó a Pablo, que guardaba los vestidos de los que apedreaban a Esteban? Esteban lo perdonó, Pablo se convirtió, y ahora están los dos en el Cielo tan buenos amigos y queriéndose mucho...* Como último gesto de humor, se saca del bolsillo algunas monedas que le quedan, y se las entrega al verdugo, que de un tajo le corta la cabeza...

Santo Tomás Moro, con San Juan Fischer, van al frente de aquella legión de mártires de la Iglesia de Inglaterra que permaneció fiel a Jesucristo ante la perversidad de un rey lujurioso y apóstata.